

Yasunari Kawabata

Kioto

Prólogo de Silvio Mattoni





Seix Barral

Yasunari Kawabata

Kioto

Traducción de Mirta Rosenberg

LAS FLORES DE LA PRIMAVERA

Chieko descubrió las violetas florecidas en el tronco del viejo arce. «Ah. Han florecido otra vez este año», dijo al toparse con la dulzura de la primavera.

El arce era bastante grande para un jardín tan pequeño en la ciudad; el contorno del tronco era más grande que la cintura de Chieko. Pero ese viejo árbol con su basta corteza cubierta de musgo no era la clase de cosa que debería compararse con el cuerpo inocente de una muchacha.

El tronco estaba ligeramente inclinado hacia la derecha a la altura de la cintura de Chieko, y a la altura de su cabeza se retorció aún más. Por encima de la curva, las ramas se extendían hacia afuera, dominando el jardín, y los extremos de las ramas más largas caían hacia abajo por su propio peso.

Justo debajo de la curva mayor había dos huecos en los que crecían violetas. Cada primavera se llenaban de capullos. Desde que Chieko podía recordar, las dos violetas habían estado allí en el árbol.

La violeta superior y la inferior estaban separadas por unos treinta centímetros. «¿La violeta superior y la

inferior se reúnen alguna vez? ¿Se conocen entre sí?», se preguntaba Chieko. ¿Qué podía querer decir «las violetas se reúnen» o «se conocen»?

Cada primavera había al menos tres y a veces hasta cinco capullos en las violetas de esos diminutos huecos. Chieko se quedó mirándolas fijamente desde el corredor interior que daba al jardín, alzando la mirada desde la base del tronco del arce. A veces la conmovía la «vida» de las violetas que crecían en el árbol. Otras veces, su «soledad» le tocaba el corazón.

—Haber nacido en un lugar así y seguir viviendo allí...

Aunque los clientes que iban al negocio admiraban el espléndido arce, muy pocos reparaban en las violetas que florecían en él. El árbol se había vuelto fuerte con la edad, y el musgo que recubría el viejo tronco le confería dignidad y elegancia. Las diminutas violetas alojadas allí no llamaban la atención.

Pero las mariposas las conocían. En el mismo momento en que Chieko advirtió las violetas, varias pequeñas mariposas blancas revolotearon por el jardín cerca de las flores. Su blancura danzante centelleó contra el fondo del arce, que empezaba a abrir sus propios capullos rojos.

Las flores y las hojas de las dos violetas arrojaban una sombra leve sobre el verde nuevo del musgo que cubría el tronco.

Era un nublado y tenue día de primavera.

Chieko se sentó en el corredor a mirar las violetas hasta que pasaron las mariposas.

«Otra vez han florecido para mí», deseaba susurrar Chieko.

En la base del arce, justo por debajo de las violetas, había un viejo farol. Una vez, el padre de Chieko le había dicho que la imagen de pie, tallada en el pedestal, era la imagen de Cristo.

—¿Estás seguro de que no es María? —le había preguntado Chieko—. La gran estatua de María en el santuario Kitano Shenjin es como esta.

—Es Cristo —dijo su padre simplemente—. No tiene un bebé en brazos.

—Ah, claro —tuvo que conceder Chieko. Luego preguntó—: ¿Hubo cristianos entre nuestros antecesores?

—No. Con seguridad un jardinero o algún cantero lo puso allí. Es una clase de farol bastante común.

Probablemente este farol cristiano había sido hecho durante el período en que la religión estaba prohibida. La áspera piedra era frágil, de manera que la talla en relieve estaba desgastada y agrietada por cientos de años de viento y lluvia. Solo se distinguía una cabeza, un cuerpo y las piernas. Era posible que incluso nueva fuera una talla muy simple. Las mangas eran largas, casi tocaban el suelo. Las manos parecían estar unidas en oración, pero no se podía estar seguro, ya que eran tan solo un pequeño bulto en el extremo del antebrazo. Sin embargo, causaba una impresión distinta que las estatuas de Buda o de las deidades guardianas.

Ya hubiera sido alguna vez un símbolo de fe o solamente un exótico ornamento antiguo, ese farol cristiano se encontraba ahora al pie del viejo arce del jardín del negocio de la familia de Chieko solo en virtud de su

condición de antigüedad elegante. Si llegaba a llamar la atención de algún cliente, el padre de Chieko solía explicar que se trataba de una estatua de Cristo. Pero pocos de los comerciantes que venían advertían el oscuro farol a la sombra del viejo arce. E incluso cuando alguno lo veía, nunca lo observaba con detenimiento: era esperable encontrar uno o dos faroles en un jardín.

Chieko bajó la mirada, abandonando las violetas, para mirar al Cristo. Aunque no había asistido a una escuela misionera, había ido a la iglesia y había leído el Antiguo y el Nuevo Testamento para familiarizarse con el inglés. Pero sentía que el desgastado farol no merecía ofrendas de flores o velas votivas; ni siquiera tenía una cruz tallada.

A veces pensaba en las violetas que estaban encima de la talla del Cristo como el corazón de María. Una vez más Chieko alzó la vista desde el farol hasta las flores. De pronto, se acordó de los grillos campana que había estado criando en un tarro.

Chieko había empezado a criar grillos mucho antes de descubrir las violetas en el viejo arce. Unos cuatro o cinco años atrás. Los había oído cantar en el salón de la casa de una de sus amigas de la escuela, y le habían dado varios como regalo.

—Pobrecitos, viviendo en un tarro... —había dicho Chieko.

Pero su amiga le había respondido que era mejor que tenerlos en una jaula y dejarlos morir allí. Había dicho que hasta había templos que los criaban en grandes can-

tidades y que vendían los huevos. Aparentemente, había muchas personas que tenían gustos similares.

Ese año, el número de grillos campana de Chieko había crecido. Tenía dos tarros. Cada año, alrededor del 1º de julio, los huevos empezaban su incubación, y más o menos a mediados de agosto los grillos empezaban a cantar. Pero nacían, cantaban, ponían huevos y morían dentro de un tarro oscuro y atestado. Sin embargo, como eso preservaba la especie, tal vez fuera mejor que criar una breve generación en una jaula. Pero los grillos se pasaban toda su vida dentro de un tarro; ese era todo el mundo para ellos. Chieko había escuchado la antigua leyenda china de un «universo en un tarro», en la que había un palacio dentro de un tarro colmado de vino fino y manjares de la tierra y el mar. Aislado del mundo ordinario, era un reino aparte, un lugar encantado. Era solo una de las muchas leyendas sobre hechiceros y magia.

Por supuesto, los grillos campana no habían entrado en el tarro porque habían renunciado al mundo. Tal vez no se daban cuenta de dónde estaban, de manera que seguían viviendo.

Lo que más sorprendía a Chieko de los grillos campana era que si ella no se ocupaba de poner en el tarro machos procedentes de otro lado, los insectos que nacían eran raquíticos y débiles a consecuencia de la endogamia. Para prevenir esto, los entusiastas de los grillos intercambiaban los machos. Ahora era primavera y los grillos campana no empezarían a cantar hasta fines del verano. Sin embargo, existía alguna conexión entre los grillos y las violetas que florecían en los huecos del arce. Chieko había puesto los grillos en el tarro, pero ¿por qué

las violetas habían ido a vivir a un sitio tan apretado? Las violetas habían florecido, y este año también los grillos nacerían y empezarían a cantar.

«Una vida natural...».

Una suave brisa agitó el cabello de Chieko, así que se acomodó los mechones detrás de la oreja. Pensó en ella misma comparándose con las violetas y con los grillos.

«Y yo...».

Chieko era la solitaria observadora de las diminutas violetas ese día de primavera, henchido por la vitalidad de la naturaleza.

Los ruidos que llegaban del negocio indicaban que alguien se iba a almorzar. Ya era hora de que Chieko se aprestara a ir a ver las flores de cerezo.

Mizuki Shin'ichi había llamado a Chieko el día anterior para invitarla a ver los cerezos florecidos en el santuario de Heian. Un amigo de la escuela de Shin'ichi había estado trabajando en la entrada del jardín del santuario desde hacía dos semanas. Por su amigo, Shin'ichi se enteró de que las flores estaban ahora en su apogeo.

—Parece que ha estado vigilando. Nadie podría estar más seguro —dijo Shin'ichi, riéndose suavemente. Su risa era encantadora.

—¿También nos vigilará a nosotros? —preguntó Chieko.

—Custodia la entrada, ¿no es cierto? Deja entrar a todos. —Shin'ichi volvió a reírse, bruscamente—. Pero si no te gusta la idea, podemos entrar por separado y encontrarnos adentro en alguna parte del jardín, bajo los árboles. Podrás mirar los capullos todo lo que se te antoje, sola. No es la clase de flores de la que uno podría cansarse.

—Si es así, ¿por qué no vas a verlas solo?

—Lo haría, pero no me culpes si esta noche hay una gran tormenta que arranca todas las flores de los árboles...

—Entonces podríamos ver la elegancia de las flores caídas sobre el suelo.

—¿Te parece que la elegancia de las flores caídas tiene algo que ver con el hecho de que estén tiradas, empapadas de agua, de lluvia y de barro, en el suelo? La impresión que me dan las flores caídas es...

—No seas perverso.

—¿Quién? ¿Yo?

Chieko salió de la casa vistiendo un kimono corriente, que no llamaba la atención.

El santuario Heian era famoso por el Festival de las Eras. Había sido construido en 1895, en el año veintiocho del reinado del emperador Meni, en honor del emperador Kanmu, quien había establecido la capital Heian en Kioto mil años atrás, así que el santuario no era muy antiguo. Según se decía, el portal y el salón exterior de culto habían sido construidos tomando como modelo el portal Otemmon, y el Gran Salón de Estado de la capital Heian original. También se habían plantado allí, como era tradicional, un Naranjo de la Derecha y un Cerezo de la Izquierda. Komei, que había sido emperador antes de que la capital se trasladara a Tokio, también había sido sepultado allí en 1938. Muchas bodas se celebraban en el altar del santuario.

Los grupos de rojos cerezos llorones que ornaban el jardín eran una de las espléndidas vistas de Kioto. «Seguramente nada representa a la antigua capital mejor que estas flores».

Cuando Chieko entró en el jardín del santuario, el color de los cerezos llorones floreció en lo profundo de su corazón. «Este año otra vez he dado la bienvenida a la primavera en la capital». Se detuvo y observó alrededor.

¿Shin'ichi estaba esperándola en alguna parte o todavía no había llegado? Lo buscó con la mirada, y después decidió contemplar las flores. Caminó entre los árboles florecidos hasta el prado que estaba más abajo. Shin'ichi estaba tendido allí con las manos cruzadas detrás de la cabeza. Tenía los ojos cerrados.

Chieko no esperaba encontrarlo dormido. Pensó que era vergonzoso que se durmiera una siesta cuando se suponía que estaba esperando a una joven. Al ver a Shin'ichi durmiendo, Chieko sintió más repugnancia que incomodidad por sus malos modales. En su mundo, no estaba acostumbrada a ver un hombre dormido.

En su universidad, probablemente Shin'ichi había tenido muchas animadas conversaciones tendido en el césped con sus amigos, mirando el cielo o recostado, apoyado sobre su codo. Hoy solo había adoptado esa misma postura.

Al lado de Shin'ichi, cuatro o cinco mujeres mayores mantenían una conversación casual, con el almuerzo extendido sobre el césped. Tal vez, sintiendo alguna afinidad con las mujeres, él se había sentado junto a ellas y se había quedado dormido. Al pensar que quizás eso era lo que había sucedido, Chieko casi sonrió, pero en verdad se sonrojó. Se quedó donde estaba, sin llamarlo para despertarlo. Después, empezó a alejarse de Shin'ichi; nunca había mirado el rostro de un hombre dormido.

Shin'ichi estaba vestido con su uniforme estudiantil y tenía el pelo pulcramente peinado. Sus largas pestañas

le recordaron a un niño. Sin embargo, no podía mirarlo directamente.

—Chieko —la llamó Shin'ichi, incorporándose. Chieko se sintió ofendida.

—Dormir en un lugar como este. Es indecoroso. Todo el mundo puede verte.

—No estaba durmiendo. Te vi cuando llegaste.

—Eres malo.

—¿Qué hubieras hecho si no te hubiera llamado?

—¿Fingiste dormir cuando me viste?

—Pensé «qué muchacha feliz ha entrado en el jardín», y me puse triste. Y me ha estado doliendo la cabeza...

—¿Yo? ¿Yo soy feliz?

Shin'ichi no contestó.

—¿Te duele la cabeza?

—No, me siento mejor.

—Tienes mal color.

—No, estoy bien —protestó Shin'ichi.

—Tu cara es como una buena espada.

En ocasiones, a Shin'ichi otras personas le habían dicho lo mismo, pero era la primera vez que lo oía de los labios de Chieko.

Cuando algo violento estaba por desencadenarse en su interior, la gente describía en esos términos la cara de Shin'ichi.

—Las buenas espadas no matan a la gente. Además, aquí estamos bajo las flores.

Chieko volvió al corredor de entrada, en la cima de una pequeña colina. Shin'ichi se puso de pie y la siguió.

—Quiero ver todas las flores antes de que nos vayamos —le dijo Chieko. Ante la entrada del corredor oeste,

los capullos de los rojos cerezos llorones hacían que de pronto uno sintiera que la primavera había llegado. Las flores dobles, de color escarlata, se abrían por todas partes, hasta en los extremos de las ramas más delgadas. Sería más adecuado decir que las flores estaban sostenidas por las ramitas y no que simplemente florecían de ellas.

—Estas son mis flores favoritas del jardín —dijo Chieko, conduciendo a Shin'ichi hasta un lugar en el que el corredor se curvaba hacia el exterior. Las ramas de un único cerezo se abrían, particularmente separadas, cubriendo un gran espacio. Shin'ichi permaneció junto a Chieko, contemplando el árbol.

—Si lo miras con detenimiento, parece femenino —dijo—. Las esbeltas ramas que caen y las flores son delicadas y lozanas.

Sobre el escarlata de las flores parecía reflejarse un levísimo matiz lavanda.

—Hasta ahora no me había dado cuenta de que era tan femenino —dijo Shin'ichi—, el color de los capullos, su elegancia, su encanto cautivante...

Abandonando el cerezo, los dos se encaminaron hacia el estanque. En un estrecho sitio del sendero en el que se habían dispuesto bancos plegadizos y un tapete rojo estaba extendido sobre el suelo, unos visitantes bebían té.

Una muchacha pronunció el nombre de Chieko. Vestida con un kimono formal, de mangas largas, Masako salió de la casa de té, el Chosintei, que estaba a la sombra de los árboles.

—Chieko, ¿me darías una mano? Estoy muy cansada. Necesito un poco de ayuda con los invitados de mi maestra.

—Vestida así, lo más que puedo hacer es trabajar en la cocina.

—No te preocupes, está bien. Hoy estamos preparando el té en la parte trasera.

—Estoy con alguien.

Advirtiendo la presencia de Shin'ichi, Masako susurró al oído de Chieko:

—¿Tu prometido?

Chieko meneó suavemente la cabeza.

—¿Novio?

Volvió a menear la cabeza.

Shin'ichi dio media vuelta y empezó a alejarse.

—¿Por qué no entran y se sientan... juntos? —sugirió Masako—. El lugar está vacío ahora.

Pero Chieko rechazó el ofrecimiento y siguió a Shin'ichi.

—Es bonita, ¿no crees? —preguntó Chieko cuando alcanzó a Shin'ichi.

—Bonita de una manera común —respondió él.

—Oh, ten cuidado, podría oírte.

Chieko le hizo un gesto de despedida a Masako, quien agitó una mano saludándola.

Debajo de la casa de té, el sendero desembocaba en un estanque. Cerca de la orilla, las hojas de los lirios acuáticos rivalizaban entre sí luciendo su verde juvenil. Maticos de nenúfares flotaban en la superficie del estanque.

Allí no había cerezos.

Rodeando el estanque, Chieko y Shin'ichi entraron en un sendero sombreado por algunos árboles. Olía a hojas nuevas y a tierra húmeda. El estrecho sendero sombreado era corto; a su término se abría un brillante jardín

junto a un estanque más grande que el anterior. Las flores de los rojos cerezos llorones se reflejaban en el agua y centelleaban en los ojos de los visitantes. Algunos turistas extranjeros fotografiaban los capullos.

Pero en la orilla opuesta, en un bosquecillo, un arbusto de andrómeda* exhibía modestamente sus flores blancas. Chieko pensó en la antigua ciudad de Nara. También había pinos de forma hermosa, pero no tan altos. Si no hubiera habido capullos de cerezos, el verde de los pinos igualmente llamaría la atención. No, incluso ahora, el verde impoluto de los pinos y el agua del estanque destacaban las masas de capullos rojos de los cerezos llorones.

Shin'ichi siguió caminando adelante y cruzó el estanque por las piedras, conocidas como piedras «cruzapantanos», que formaban un puente. Eran redondas como las columnas de un portal shinto** que hubieran sido cortadas en rebanadas y luego alineadas a través del estanque. En algunos lugares, Chieko tuvo que recoger la falda de su kimono para cruzar.

Shin'ichi se volvió para mirarla.

—Querría ser capaz de cruzarte en brazos.

—Me impresionaría mucho... que fueras capaz.

Hasta una anciana podría cruzar por esas piedras.

Hojas de nenúfar flotaban en el agua alrededor de las

* Arbusto ornamental (*Pieris japonica*), originario de Japón, que tiene capullos blancos que florecen tempranamente. [N. de t.]

** Religión étnica, profundamente identificada con la cultura japonesa, cuyo origen se remonta a los comienzos de Japón. Reviste una forma sofisticada de animismo naturalista que incluye también la veneración a los antepasados. [N. de t.]

piedras. Cuando Chieko y Shin'ichi se acercaron a la otra orilla, los pequeños pinos se reflejaban en el estanque.

—Me pregunto si la manera en que están colocadas estas piedras representa alguna forma de abstracción —dijo Shin'ichi.

—¿No son abstractos todos los jardines japoneses? Como el musgo entre los cedros del jardín del templo Daigoji. Pero cuanto más habla todo el mundo de lo «abstracto» que es, tanto más desagradable resulta.

—Es verdad. El musgo de esos cedros es, por cierto, abstracto. Han terminado las reparaciones de la pagoda de Daigoji. ¿Te gustaría verla?... ¿Ver la inauguración?

—¿Ha sido reconstruida como el nuevo Pabellón de Oro?

—Probablemente la hayan pintado entera. La pagoda no se incendió como el Pabellón de Oro. La desmontaron y luego volvieron a armarla tal como era originalmente. La inauguración será en el momento en que las flores están en su apogeo. Con seguridad habrá una multitud.

—No me interesa ver otras flores que no sean estos capullos de cerezo de aquí.

Los dos cruzaron la última piedra internándose más en el jardín, en la orilla donde se erguía un bosquecillo de pinos. Luego Chieko y Shin'ichi siguieron hasta el Salón del Puente. Era el Soheikaku, pero era en realidad un puente que parecía un salón. Ambos lados del puente se asemejaban a unos bancos bajos con apoyabrazos. La gente se sentaba allí a descansar y admirar el diseño del jardín. Había algunas personas sentadas bebiendo refrescos, mientras los niños corrían por el medio del puente.

—¡Shin'ichi! ¡Shin'ichi! Aquí... —Chieko ocupó un asiento y puso la mano derecha sobre el banco para guardarle un lugar.

—Me quedaré de pie —dijo Shin'ichi—. O tal vez solo me acucille aquí, a tus pies.

—No, no lo harás —Chieko se incorporó con rapidez y obligó a Shin'ichi a sentarse—. Iré a comprar alimento para las carpas.

Chieko regresó y arrojó comida al estanque. Peleándose por el alimento, las carpas se amontonaron. Algunas incluso emergieron a la superficie. Los anillos de ondas se extendieron, ensanchándose cada vez más, haciendo temblar el reflejo de los cerezos y los pinos en las aguas del estanque.

—¿Te gustaría arrojarles lo que queda? —le preguntó a Shin'ichi, ofreciéndole el resto de alimento.

Shin'ichi no respondió.

—¿Todavía te duele la cabeza?

—No.

Permanecieron allí sentados largo rato. Shin'ichi observaba con atención la superficie del agua, con rostro despejado.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Chieko.

—Mmmm... yo mismo me lo pregunto. ¿No te ocurre a veces que te sientes feliz simplemente sin pensar en nada?

—Por supuesto. En días como este, con las flores.

—No. Quiero decir en compañía de una chica tan feliz. Tu felicidad flota en la brisa como una fragancia.

—¿Yo soy feliz? —preguntó Chieko. Una sombra de melancolía oscureció por un momento su expresión. Pero

estaba mirando hacia abajo, así que bien podía haber sido simplemente el agua del estanque reflejada en sus ojos.

Chieko se puso de pie.

—Del otro lado del puente hay un cerezo que me gusta.

—Ya lo veo. Es aquel, ¿no es cierto?

El árbol era un espléndido espectáculo, famoso por sus ramas que caían como las de un sauce llorón, aunque extendidas y separadas. Cuando Chieko llegó bajo el árbol, los pétalos de las flores, arrastrados por la suave brisa, cayeron sobre sus pies y sus hombros.

Las flores yacían dispersas en el suelo. Unos pocos pétalos flotaban también en el estanque, pero no más de siete u ocho.

El árbol estaba sostenido por un tutor de bambú, pero parecía que las delicadas puntas de las ramas rozaban el suelo. Más allá del estanque, por encima de los bosquecillos de la orilla este, se veían las montañas, cubiertas con sus hojas nuevas, a través de los capullos del cerezo doble.

—¿Eso es una parte de Higashiyama? —preguntó Shin'ichi.

—Es Daimonjiyana —respondió Chieko.

—¿De veras? ¿Daimonjiyana? ¿No parece terriblemente alto?

—Eso es porque lo estás viendo entre las flores —dijo Chieko, uniéndose a Shin'ichi bajo el árbol en flor.

Ninguno de los dos quería marcharse.

Bajo el cerezo habían esparcido una gruesa arena blanca. Un grupo de hermosos pinos, un poco altos para

ese jardín, se alzaba a la derecha. Junto a ellos estaba la salida del jardín del santuario.

Mientras trasponían el portal, Chieko dijo:

—Quiero ir a Kiyomizu.

—¿Al templo de Kiyomizu? —El rostro de Shin'ichi delataba su falta de interés.

—Me gustaría ver la puesta del sol sobre la capital desde Kiyomizu, contemplar cómo baja el sol en el cielo sobre Nishiyama —dijo Chieko.

Shin'ichi asintió.

—Vayamos —dijo.

—¿Vamos caminando?

El camino era bastante largo. Evitaron los trenes, siguiendo la ruta más distante por la calle del templo Nzenji, pasando por detrás del templo Chianji. Después siguieron por detrás del parque Maruyama, siguiendo el viejo y estrecho camino hasta el templo Kiyomizu.

Los únicos visitantes que quedaban en la galería eran unas pocas estudiantes, pero no se alcanzaba a distinguir sus caras.

Chieko había llegado a preferir esa hora del día. En el Gran Salón ardían velas votivas, pero ella pasó de largo sin detenerse, y siguió desde el Salón de Amida hasta el santuario del fondo.

La galería del santuario estaba construida sobre un precipicio. Al igual que el ligero y flotante techo de corteza de ciprés, la galería parecía estar delicadamente suspendida. Daba al oeste, de cara a Nishiyima, que se veía por encima de la capital.

Las luces encendidas creaban un débil halo rojizo sobre la ciudad.

Chieko se apoyó en la baranda y miró hacia el oeste. Parecía haberse olvidado de Shin'ichi. Él se aproximó.

—Shin'ichi. Fui una niña abandonada. Una expósita —dijo Chieko, hablando con brusquedad.

—¿Una niña abandonada?

—Sí.

Shin'ichi se preguntó si las palabras «niña abandonada» tenían algún sentido psicológico.

—«Abandonada» —susurró Shin'ichi—. ¿A veces te sientes como si fueras una niña abandonada? Si has sido abandonada, yo también... de modo espiritual. Tal vez todas las personas somos niños abandonados. Tal vez nacer es como ser abandonado por Dios en la Tierra.

Shin'ichi miró con fijeza el perfil de Chieko. El resplandor del crepúsculo coloreaba levisísimamente sus mejillas. Tal vez era el patetismo del crepúsculo primaveral.

—Dicen que somos hijos de Dios. Él nos abandona aquí, luego nos salva...

Pero Chieko siguió con la vista fija en las luces de la vieja capital, como si no lo hubiera oído. Ni siquiera se volvió hacia Shin'ichi.

Percibiendo en ella una incomprensible tristeza, Shin'ichi hizo el gesto de ponerle la mano sobre los hombros. Ella lo rechazó.

—No deberías tocar a una niña abandonada.

—Pero dije que los hijos de Dios, todas las personas, están abandonadas aquí —dijo Shin'ichi, alzando la voz.

—No se trata de algo tan complicado. No fui abandonada por Dios. Mis padres humanos me abandonaron.

Shin'ichi no dijo nada.

—Fui una expósita, me dejaron ante la puerta celosía Bengara* del negocio.

—¿Qué estás diciendo?

—Es cierto. No puedo evitarlo. Quería decírtelo. Cuando estoy aquí en la galería de Kiyomizo, contemplando el crepúsculo sobre esta enorme ciudad, me pregunto si habré nacido aquí, en Kioto.

—¿Qué dices? Estás loca.

—¿Por qué mentiría en algo así?

—Porque eres la mimada hija única de un comerciante mayorista. Una hija única es esclava de sus fantasías.

—Mis padres me quieren y se preocupan por mí. Ahora no tiene importancia que haya sido una expósita.

—¿Tienes alguna prueba de que fuiste una niña abandonada?

—¿Prueba? La puerta celosía. Conozco muy bien esa vieja puerta. —La voz de Chieko cobró un tono amoroso—. Estaba en la escuela media, creo, cuando mi madre me llamó y me dijo que no era su propia hija, que no le había causado el dolor del parto. Dijo que me habían robado cuando era un bebé y que habían huido en auto. Pero mi madre y mi padre tienen historias diferentes acerca de dónde me encontraron. A veces dicen que fue una noche, bajo los capullos de cerezo del santuario Gion. Otras dicen que en el lecho

* Bengara es un pigmento de color rojo-ocre que ha sido utilizado desde la antigüedad como pintura, ya que tiene un efecto antipolilla y protector, en las puertas celosías o las paredes de las casas de Tokio, y para pintar porcelana. El término «bengara» se origina en la tierra pardo rojiza de buena calidad, que contiene óxido ferroso, que solía producirse en la región de Bengala, India. [N. de t.]

del río Kamo. Creen que para mí sería demasiado doloroso saber que fui abandonada ante la puerta del negocio.

—¿Sabes quiénes son tus verdaderos padres?

—Los padres que tengo me aman mucho. No tengo ningún deseo de buscar a mi verdadera madre ni a mi verdadero padre. Tal vez incluso estén entre los Budas del cementerio de pobres de Adashino. Por supuesto, las lápidas que hay allí son bastante antiguas.

El suave color del crepúsculo de primavera se había extendido desde Nishiyama, como una leve bruma roja, hasta cubrir la mitad del cielo.

Shin'ichi no podía creer que Chieko fuera una expósita, y mucho menos una niña secuestrada. El hogar de Chieko estaba en un antiguo barrio de mayoristas, de manera que si uno preguntara un poco por allí, podría saber si lo que ella decía era cierto. Naturalmente, Shin'ichi no quería investigar. Estaba perplejo. ¿Por qué Chieko le había hecho a él esa confesión?

¿Lo había llevado hasta Kiyomizu solo para revelarle eso? La voz de Chieko se había vuelto pura, y en sus profundidades vibraba una bella nota de fortaleza. No parecía que hubiera querido seducirlo. Seguramente Chieko se daba cuenta, aunque fuera vagamente, de que Shin'ichi la amaba. ¿Le había hecho esa confesión para desnudar su corazón al hombre que amaba? A Shin'ichi no le había sonado así. Más bien le había parecido un rechazo del amor de él, aun cuando ella hubiera inventado la historia de que era una niña abandonada.

En el santuario de Heian, Shin'ichi había repetido varias veces que Chieko era «feliz». Pensando que tal vez ella pretendía refutar eso, dijo:

—Cuando te enteraste de que habías sido una expó-sita, ¿te sentiste triste? ¿Desamparada?

—No, en lo más mínimo. Solo cuando le dije a mi padre que quería ir a la universidad y él me dijo que eso sería una interferencia ya que debía sucederlo en el negocio familiar... solo entonces me sentí triste.

—¿Eso fue el año pasado?

—Sí.

—¿Y obedeces absolutamente a tus padres?

—Sí, absolutamente.

—¿Incluso en lo referido a algo como el matrimonio?

—Sí. Me propongo obedecerlos —respondió Chieko sin vacilar.

—¿Y qué pasa contigo? ¿No tienes sentimientos propios? —preguntó Shin'ichi.

—Tener demasiados sentimientos propios parece causar muchos problemas.

—Entonces los reprimes... ¿los sofocas por completo?

—No, eso no.

—Hablas como si fueras un acertijo —dijo Shin'ichi, tratando de reírse con ligereza, pero su voz se quebró. Apoyándose en la baranda, miró fijamente a Chieko—. Quiero mirar de frente la cara de una enigmática niña abandonada.

—Ya está oscuro —dijo Chieko, volviéndose hacia Shin'ichi por primera vez. Sus ojos centellearon cuando alzó la vista hacia el techo del Gran Salón—. ¡Qué aterrador! —exclamó.

El techo de ciprés parecía descender ominoso, como una masa oscura y pesada.